

sociedad. La vida fácil, poética, de la Grecia es reemplazada por una existencia de especulación y de trabajo; diríase que era un pueblo de utilitarios. Los lazos de la familia no son la afección, la caridad, la protección; es el poder rígido del padre de familias bajo el que todo calla. El Estado domina á los ciudadanos, como éstos dominan á sus familias. El círculo de la unidad se ensancha sin cesar; la ambición romana no se satisface más que cuando ha conquistado el mundo. Roma no reconoce otro fin. Los Romanos no tienen literatura original; solamente un estudio tiene atractivo para ellos, y es el estudio del derecho que les sirve para someter á los pueblos conquistados á las costumbres de los vencedores. La religión de Roma no tiene nada de esa poesía del culto griego, que aún hoy nos encanta después de tantos siglos de cristianismo; es una religión de la inteligencia, y, como el espíritu romano es esencialmente positivo, la religión llega á ser una institución política. La guerra, única ocupación de los ciudadanos, sustituye entre ellos á la industria y al comercio: es permanente durante ocho siglos. La conquista en manos del Senado es un instrumento de dominación y de lucro; en los designios de Dios es un medio de unidad.

## § II. — Derecho de guerra de Roma. Su misión.

¿Cuál es el derecho de guerra del pueblo nacido para la conquista? No es la humanidad la virtud de la aristocracia. La hemos visto en las ciudades de la Grecia, y la hemos hallado siempre egoísta, subordinando todo á su interés; no retrocediendo ante ningún crimen cuando se trata de consolidar su poder; vertiendo la sangre friamente, por cálculo, sin que jamás un sentimiento generoso le inspire la moderación en la victoria. Tal es el genio aristocrático en la antigüedad, tal es todavía en los tiempos modernos. No encontró en Roma contrapeso alguno en las tendencias de la nación. Por el contrario, la raza romana tenía todos los defectos de la aristocracia: un espíritu de dureza, de crueldad, que se manifiesta hasta en sus placeres. Los Romanos no conocen las

fiestas poéticas de los Helenos; sus espectáculos favoritos son hombres que se matan para divertir á los demás. No hay lugar alguno en la tierra en que se haya vertido tanta sangre como en la arena de un anfiteatro romano. Lo cual no obsta para que los horribles juegos de los gladiadores hayan sido aprobados por los genios más humanos que ha producido Roma. Las aristocracias aprecian todo por la utilidad. Ahora bien, los combates de los gladiadores, manifestando el desprecio de la muerte, sostenían la virtud guerrera en los espectadores; ¡hé ahí por qué Cicerón y los Plinius los aplaudían!

Sin embargo, este pueblo sin entrañas ha sido ménos cruel en sus guerras que la Grecia. Los Griegos mostraban en sus querrelas todo el furor de las disensiones civiles; gozaban más en destruir que en reinar. Roma, que sueña con conquistar el mundo y explotar á los vencidos, tiene por esto mismo miras conservadoras; su clemencia es calculada, pero siempre resulta que sus conquistas no están manchadas por las atrocidades que hacen de la guerra de Peloponeso uno de los espectáculos más espantosos de la historia. Comparando los Romanos á los pueblos modernos, se hallará indudablemente que los destructores de Cartago, de Corinto y de Numancia son todavía bastante bárbaros; pero la obra de destrucción que nos irrita parecía á los antiguos una acción lícita: los historiadores no la consideran objeto de censura. La historia de Roma ha sido escrita por Griegos. Comparando las guerras de los Romanos á las de los Helenos, la conducta de los conquistadores del mundo les admiró; la clemencia que los vencedores mostraron hacia los vencidos les pareció más admirable que su valor guerrero, y la celebraron á porfía. Oigamos á Diodoro: «Los vencidos esperaban ser castigados con rigor extremo; los vencedores, moderando su victoria por una humanidad sin ejemplo, los trataron como amigos y bienhechores más bien que como enemigos; concedieron á unos el derecho de ciudadanía, á otros alianzas de familias, y dieron á muchos la libertad» (1). El escritor griego no encuentra nada que censurar en la destrucción de las ciudades rivales de la Ciudad Eterna: era el derecho de gentes de

(1) DIODOR., *Fragm.*, XXXII, 4, 5.

la antigüedad, si puede llamarse derecho lo que no era más que el abuso de la fuerza. Diodoro va más lejos: cree que los Romanos han cuidado de no emprender más que guerras justas. Los más grandes historiadores, *Polibio*, *Dionisio de Halicarnaso*, *Plutarco*, abundan en los mismos sentimientos (1). Estos elogios, tributados á los vencedores de la Grecia por Griegos, atestiguan en favor del pueblo rey; únicamente, en vez de atribuir la moderación de la aristocracia romana á su equidad y á su magnanimidad, hubiera debido buscarse su razón en la política del Senado.

Aunque excesiva, la apología de los escritores griegos se aproxima más á la verdad que la apasionada reacción manifestada contra Roma en el siglo pasado. Convenimos en que la admiración prodigada por largo tiempo por los historiadores á las conquistas del pueblo rey era una singular ilusión, pero decir que Roma no ha sido más que un centro de bandidos, es otro exceso, y además es injusto. Un crítico, hombre de genio, ha atacado la verdad de la historia primitiva de Roma; con más razón tal vez podrían ponerse en duda las virtudes de los antiguos Romanos. Sin embargo, hay en su derecho de guerra un germen de progreso, la institución de los *feciales*. A la religión se debe la idea de la intervención del derecho para regir y moderar las sangrientas querellas de los pueblos. El trato de los vencidos es igualmente un inmenso progreso sobre el Oriente y sobre la Grecia. Entre los Asirios y los Persas, las poblaciones conquistadas servían para satisfacer el lujo y el desenfreno de los conquistadores; si conservaban su independencia era porque el vencedor no tenía idea alguna de gobierno ni de unidad. Los Griegos consideraron como una injuria hácia su orgullo el pensamiento que concibió el héroe macedonio de asimilar los Bárbaros á los Helenos. Roma volvió á emprender la política de Alejandro. El derecho de conquista, si es tal derecho, no se legitima más que por la asociación de los vencidos á los destinos del vencedor.

No admitimos el derecho de conquista: nos unimos con plena conciencia á las protestas del siglo diez y ocho contra los conquistadores. Pero la reprobación de las guerras de ambición no puede

(1) POLYB., XVIII, 20.—DION. HAL., II, 72.—PLUTARCH., *Numa*, c. 16.

ser más que una profecía del porvenir: sería una injusticia manifiesta condenar el pasado en nombre de ideas y de sentimientos que la humanidad ha ignorado durante siglos y que aún hoy no han entrado en la conciencia general. Hay un hecho incontestable, y es que la conquista ha sido un instrumento de civilización en la antigüedad. Limitándonos á los Romanos, vemos que, gracias á su ambición conquistadora, es como se pusieron en contacto con el pueblo civilizador por excelencia. La Grecia vencida halló una compensación á su caída en el imperio que ejerció sobre sus rudos vencedores, y las victorias de Roma extendieron el helenismo por todo el mundo. Sería una ingratitud en nosotros, descendientes de los Bárbaros, arrancados á la barbarie por la poderosa mano de Roma, rebelarnos contra nuestros maestros. Estamos orgullosos con nuestra civilización; pero uno de los elementos de la civilización moderna, ¿no proviene de esa Roma que se quiere presentar como un centro de bandidos? Todavía después de dos mil años nos regimos por las leyes romanas que han sido calificadas de razón escrita. La Europa debe su cultura intelectual á la acción de la literatura latina.

¿El reconocer los beneficios de la conquista quiere decir que es preciso glorificar á los conquistadores? Debemos separar la parte del hombre y la parte de Dios. Los designios de la Providencia no justifican la violencia ni la mala fe de los Romanos. Deber es de la historia el censurarlos, pero debe también añadir que ocho siglos de guerra han producido algún resultado más que cubrir la tierra de sangre y de ruinas. Decir que la fuerza solamente ha reinado en el mundo es en definitiva negar la existencia de un orden moral. La fuerza ha reinado, pero ha habido siempre otro elemento, el del derecho, sin el cual perecería bien pronto la humanidad. ¡Ah! la gloria de Roma consiste en haber hecho intervenir el derecho en la obra de la fuerza. Es verdad que la justicia ha sido muy frecuentemente un pretexto para el Senado; pero es ya un inmenso progreso en las relaciones internacionales que un pueblo conquistador sienta la necesidad de invocar la justicia, aún cuando no fuese más que como un pretexto. Lo que importa es que la idea del derecho penetre en la política: acabará por ser bastante poderosa para refrenar todas las ambiciones. Los Roma-

nos, raza jurídica por excelencia, eran dignos de la misión que Dios les dió de unir el mundo bajo la regla del derecho.

Si reprobamos la conquista, con mayor razón debemos reprobar la monarquía universal, que no puede realizarse más que por medio de la violencia. Bajo el punto de vista del derecho, las conquistas de los Romanos deben ser condenadas como las de los Persas y de los Griegos; pero tampoco los unos son más culpables que los otros. La monarquía universal ha seguido siendo el ideal de los mayores genios hasta en los tiempos modernos, á pesar del espíritu individualista de los Germanos, que destruye esta unidad ficticia en su esencia. Debe haber, pues, en el sueño de los conquistadores, en la utopía de los poetas y de los filósofos algo más que un hecho brutal. Hay el instinto y la necesidad de la unidad. La verdadera unidad no es una unidad material, no es la uniformidad de las leyes y de las costumbres, es la conciliación de los intereses opuestos, la armonía de las almas. Tal es el ideal del porvenir. Pero ántes de que llegue la hora de una unidad espiritual, es preciso que los hombres se pongan en contacto, que los pueblos se mezclen. El instrumento providencial de esta fusión es la guerra. La obra de la fuerza prepara la unidad de las inteligencias.

Los poetas del Imperio y los Padres de la Iglesia celebran á porfía la paz Romana. También Dante y Leibnitz invocan la paz para justificar la monarquía universal. En nuestro concepto esto es legitimar un falso concepto por medio de una falsa idea. Lo hemos dicho en otra parte: la unidad en todos los grados es un medio y no un fin. Del mismo modo la paz, ya sea en el interior de las ciudades y de los imperios, ya entre las naciones, no es más que un medio. Hay intereses mayores que la paz y la unidad. El mayor de todos es el derecho de los individuos y de las naciones: libertad individual é independencia nacional, hé aquí las bases de la sociedad humana. Ahora bien, la monarquía universal compromete lo mismo la libertad de los individuos que la independencia de las naciones. La paz misma que procura es una paz falsa, porque, considerándola como un fin, se le subordina fatalmente el derecho de los individuos y el derecho de los pueblos: esta paz conduce, en definitiva, al despotismo y á la muerte.

No buscamos, pues, en la paz del Imperio la misión de la uni-

dad romana. Las conquistas de Roma, como las de Alejandro, han preparado el camino á un conquistador pacífico. El advenimiento de Jesucristo es la justificación providencial de la política conquistadora del Senado. En vano se niega la acción de la Providencia en la obra de la fuerza. ¿Por qué triunfó Roma donde los Persas y los Griegos fracasaron? Los Romanos habían nacido para conquistar y gobernar el mundo: Virgilio lo ha dicho, y la historia confirma en cada página las palabras del poeta. Pero las grandes naciones, como los grandes hombres, deben aparecer en el momento crítico en la escena de la historia; ¿y quién les prepara el camino más que Dios? Si los Romanos hubieran encontrado la nacionalidad helénica en todo su vigor, no hubieran verificado la conquista del mundo; no debían llevarla á cabo, según los designios de Dios, más que cuando la civilización griega se hubiese desenvuelto con su admirable riqueza y en toda su libertad. Cuando los Romanos entraron en lucha con la Grecia, el helenismo había producido todos sus frutos, y no se trataba ya más que de extenderlos por el mundo. Esta decadencia de las naciones que Roma sometió sucesivamente es un hecho general. Dejando á un lado el derecho, para no ver más que la influencia civilizadora de las conquistas, las victorias de las legiones merecen aplauso. Ve uno con satisfacción desaparecer á los sucesores de Alejandro, déspotas asiáticos que no tienen de la monarquía más que sus vicios. En su lucha con los pueblos bárbaros del Occidente, el papel más simpático es ciertamente el de los Galos, el de los Españoles, el de los Bretones, el de los Germanos, que defienden su independencia con un valor heroico. Pero bajo otro punto de vista, es la lucha de la barbarie contra la civilización. Triunfó la civilización, como triunfan siempre los intereses generales de la humanidad sobre las desgracias de algunas generaciones. A los que dicen que el helenismo se hubiera propagado sin los estragos de las legiones romanas, que el cristianismo hubiera penetrado en el Occidente sin las olas de sangre que los Bárbaros han vertido allí, no hay más que contestar sino mostrarles que siempre y en todas partes el bien se realiza sobre la tierra á fuerza de sufrimientos.

Por otra parte el bien nunca es puro. La monarquía universal de Roma ha producido males espantosos, por mejor decir, estos

males la acompañan, como el mal acompaña siempre al bien. La unidad romana abre el mundo á los apóstoles de Cristo, y áun prepara bajo ciertos aspectos el cristianismo, favoreciendo la fusion de las doctrinas religiosas y filosóficas: ensanchando los espíritus por su cosmopolitismo, inaugura el reinado de una religion cosmopolita. Pero esta unidad destruye toda libertad en el interior del Imperio; enerva hasta las razas bárbaras, que asocia así á la decadencia como á la civilizacion de Roma. Hé aquí por qué Roma debe dejar paso á los Germanos. La magnífica unidad, que tanto echan de ménos eminentes historiadores, oculta la decrepitud; es menester un nuevo elemento de vida. Los Germanos traen este principio vital.

La antigüedad ha carecido de verdadera libertad; á pesar del bello nombre de república, no la tenían los Romanos más que los Griegos. En vano los ciudadanos se sentaban como soberanos en el foro; faltábales el espíritu de independendencia individual, sin el que la libertad política no es más que una palabra vacía de sentido. Su ideal en el interior de la república, como en sus relaciones con los demas pueblos, era la unidad. Los plebeyos y los patricios, la nobleza y el pueblo combatian por la igualdad; en cuanto á la libertad, se ocupaba tan poco de ella el pueblo soberano, que la enajenó en beneficio de los Césares. Este sacrificio se verificó bajo la inspiracion de la democracia: prueba inequívoca de que los republicanos de la antigüedad no tenían el sentimiento de la verdadera libertad. ¿Qué resultó de ello? Que la igualdad tampoco fué más que una mentira: fué la servidumbre de todos bajo la dominacion arbitraria de uno solo. Tal es tambien la razon profunda de la esclavitud que viciaba la civilizacion de los Griegos y de los Romanos. Los antiguos no se hubieran elevado jamas á la unidad humana, porque no reconocian ningun derecho al hombre como tal; no le apreciaban más que como miembro de una ciudad, de una república, de un imperio. Así, á pesar de los bellos sentimientos de la filosofía y del Cristianismo, la esclavitud manchó á la antigüedad hasta su muerte. Los Germanos tenían en el más alto grado esta conciencia del valor del individuo. Por esto han regenerado el Occidente y están llamados á regenerar el mundo.

## LIBRO PRIMERO.

### LA REPÚBLICA.

#### CAPÍTULO I.

##### EL DERECHO FECIAL.

###### §. I.—Los Romanos no han tenido derecho de gentes.

La historia de Roma es una serie no interrumpida de guerras. Si hubiésemos de dar crédito á los Romanos, habian tenido siempre de su parte la justicia en una lucha de más de siete siglos. Los escritores latinos están llenos de estas pretensiones (1), y han hallado crédito entre los historiadores griegos. Estos testimonios se han impuesto por largo tiempo á la humanidad (2); hoy la ilusion está destruida, y, en lugar de celebrar la justicia de los Romanos, se llega hasta á poner en duda si han tenido un derecho de gen-

(1) LIV., XLV, 22. «*Vos estis Romani, qui ideo felicia bella vestra esse, quia justa sint, prae vobis fertis; nec tam exitu eorum, quod vincatis, quam principis, quod non sine causa suscipiatis, gloriamini.*» C. LIV., XXX, 16.—CICER., *De off.*, I, 11.

(2) J. LIPS., *de Magnit. Rom.*, IV, 3: *Nescio an alia gens consideratius, et causis in rationis trutinâ libratis, bellum susceperit, quam ista.*

BODIN, *de la República*, I, 1: «La República de los Romanos ha florecido con justicia y excedido á la de Lacedemonia, porque los Romanos no solamente eran magnánimos, sino que la verdadera justicia era para ellos un objetivo á que encaminaban todas sus acciones.»—En otra parte llama á los Romanos «maestros de la Justicia» (V, 6).

MABLY, *Ensayos sobre Focion*: «Los Romanos no sostuvieron guerra injusta.»